

WALDEN TWO: Una revisión hecha en 1950

James A. Dinsmoor

Departamento de Psicología, Universidad de Indiana
Behavior and Social Issues, 1991, Vol. 1, No. 1, 115-120

Traducción: Ps Jaime Ernesto Vargas-Mendoza

Esta revisión del libro de B. F. Skinner "Walden Two" publicado en 1948, la escribí hace ya varios años, poco después de que el libro se publicó. El manuscrito original lo escribí a máquina (todavía conservo las pruebas o galeras), pero nunca se publicó. Nunca dije nada hasta ahora que me preguntaron.

De 1939, cuando terminé la preparatoria, hasta 1951, cuando me fui de Nueva York para ir a Indiana, probablemente pasé más tiempo de mi vida haciendo campaña en contra del nacionalismo y de la guerra y a favor de una sociedad socialista, de lo que le dedicaba a mis estudios. Me veía a mi mismo como una persona cuya misión era la transformación del orden social existente. Una de las razones por las que decidí entrar a la psicología es que estaba de acuerdo con Floyd Allport (en lo que argumentaba en su libro "Institutional Behavior, 1933) al afirmar que, viéndolo de cerca, las instituciones sociales no eran nada más que las actividades de los individuos que participaban en ellas. Así pues, llegué a la conclusión de que la mejor manera de entender el funcionamiento de las diversas instituciones debía ser mediante el estudio del comportamiento individual. Tenía otra razón más práctica: esperaba ganarme la vida de una manera no peligrosa para otros y en un ambiente donde pudiera hablar de cuestiones políticas dándome relativa libertad para adoptar la visión de cualquier organización política o económica. De 1943 a 1949 llevé a cabo mis estudios para graduarme en Columbia y de 1946 a 1951 di clases ahí, sobretodo en la School of General Studies. A través de la influencia de Fred Keller y Nat Schoenfeld me familiaricé con los escritos de Skinner y cuando apareció su segundo libro, Walden Two, de inmediato lo compré y me lo leí. Lo consideré. Lo consideré como una contribución extremadamente novedosa y significativa para nuestra forma de pensar acerca de la manera en que la sociedad debía organizarse y traté de encontrar la forma de que otras personas lo conocieran, quienes podrían estar interesadas en esa temática.

Durante cerca de diez años yo había sido miembro del Comité Ejecutivo Nacional de Jóvenes de la Liga Socialista, el ala joven del Partido Socialista y entre mis periodos como estudiante, incluso fungí como Secretario Nacional. Pero cuando el Partido Socialista apoyó la intervención Americana en Corea, el grupo al que yo pertenecía se retiró del partido e intentó una existencia independiente como Liga Socialista Libertaria. Durante los últimos años que pasé en Nueva York también contribuía con mis comentarios sobre la escena política como "el corresponsal americano" del New Leader (que luego se llamó Socialist Leader), publicado dos veces por semana por el Partido Laborista Independiente de Inglaterra. La mejor descripción que podría darles de esa organización es que era la extrema izquierda del partido Laborista, tenía tres miembros del Parlamento y fue la única organización política a la que George Orwell alguna vez quiso afiliarse.

Aún en la ciudad de Nueva York, los radicales anti-estalinistas eran muy pocos y estaban muy conscientes de la presencia de cada uno de ellos. En cierta medida debatían sobre sus respectivos enfoques, acudían a sus reuniones y compartían oradores. Por ejemplo, puedo acordarme estar hablando durante la reunión auspiciada por el brazo en Nueva York de la organización de los Trabajadores Industriales del Mundo. También alguna vez revisé el libro de Dianética (1950) de L. Ron Hubbard, para estudiantes de un club en Columbia que se habían organizado como la sección joven y menos doctrinaria del movimiento Troskista americano (el partido de los Trabajadores, mejor conocido como Shachtmanites). La revisión del libro *Walden Two* fue solicitada por una publicación llamada *Anvil and Student Partisan*, que era patrocinada por un pequeño grupo de clubs similares que operaban en diversas universidades. En retrospectiva, sospecho que lo que querían los editores y lo que esperaban era un trabajo sesudo donde se atacara al libro de la misma manera como lo habían hecho con otros, varios escritores prominentes en los círculos literarios y políticos. Luego de que yo les mandé el manuscrito, uno de los dirigentes nacionales de la juventud Troskista me escribió para expresar su preocupación ante el hecho de que yo pudiera soportar el enfoque de Skinner. No obstante, la primera advertencia de dificultades en la publicación de mi reseña, se presentó cuando recibí las pruebas en galeras. Se me dijo que no había espacio suficiente en el ejemplar y me pedían que redujera el tamaño de mi escrito (recuerdo que no se especificaba qué tanto tenía que reducirlo). Luego, como los diferentes párrafos estaban en mi mente tan relacionados, no podía prescindir de ninguno y les supliqué que los editores, menos involucrados emocionalmente, decidieran los cortes necesarios. En ese momento, las pruebas en galeras me fueron devueltas nuevamente y el artículo nunca apareció en ese o algún número subsecuente.

EL TEXTO DE LA REVISIÓN

Lo que preocupó al Profesor Burris, cuando sus mejores estudiantes regresaron de una reunión de convivencia, no era tanto la ignorancia que mostraban sobre todo lo que les había enseñado sobre la ciencia de la psicología, sino la pavorosa precisión con la que recordaban el inocuo episodio del carro callejero Español o alguna otra tontería con la que se hubieran entretenido durante alguna hora desperdiciada. Él esperaba con una culpa anticipada que entrara Rogers con lo que pareciera una perorata preparada de antemano.

“Jamnik y yo hemos hablado mucho durante los últimos dos años, Señor”, dijo él, “acerca de las cosas en general. Hemos estado patrullando y ha sido muy aburrido. Así que hablamos mucho y un día tuve que decirle sobre su idea acerca de cierta clase de comunidad utópica”.

Ahí estaba de nuevo. Así es, mientras el profesor rebuscaba en lo profundo de su memoria, recordó a su querido colega, que una vez conoció en la universidad, se llamaba Frazier, quien mantenía con una calmada seguridad que las técnicas conductuales modernas hacían posible la fundación de un nuevo paraíso en la tierra, como aquel con el que muchos habían soñado. Dios mío, ¿Qué les habría contado a sus alumnos sobre Fraizer?

Jaló el directorio de la APA que estaba en el estante. Hace ocho años, ahí estaba la lista: Frazier, T. E... *Walden Two*, R. D. 1, Canton. Igual que Frazier, jugando a ser otro Thoreau. Pensó, hay posibilidades de que se trate de un sueño de pipa (una alucinación o un ensueño) y hace ya mucho tiempo se halla desvanecido en el aire. “Pero yo anotaré una dirección en caso de devolución y pronto sabremos que pasó”. Unos pocos días después se encontró el mismo

acompañando a los dos jóvenes veteranos, sus respectivas novias y un colega del departamento de filosofía, en un recorrido guiado en la comunidad del futuro.

Walden Two compartía cierta ingeniosa truculencia con lo que caracterizaba a las utopías de ficción del pasado, más que a sus contrapartes de la vida real. Las casas estaban construidas con estuco, interconectadas con pasillos para protegerse en tiempo de lluvia y servir de abrigo, los niños recién nacidos eran criados sin ropas de cama o pañales en cubículos con temperatura controlada. Las labores del hogar que esclavizan completamente a la mitad de nuestra población estaban mecanizadas, igualmente la plantación y la cosecha de alimentos, la programación consensada permitía una utilización satisfactoria de las instalaciones sanitarias, de la asistencia a los espectáculos y de los servicios del comedor. Un sistema de créditos laborales permitía a todos trabajar en tareas escogidas por uno por cierto promedio de horas al día y utilizar el tiempo libre para leer, cuidar un jardín, hacer compras, pintar, llevar a cabo ejecuciones dramáticas, hacer investigación o música.

Pero lo que distinguía a Walden Two de sus predecesores era su énfasis en lo pragmático, las soluciones experimentales, no solo de los problemas de ingeniería doméstica sino incluso de los problemas de las relaciones sociales dentro de la comunidad. Esta utopía se había desarrollado, no en una silla mecedora sino en el laboratorio y la comunidad en sí misma era un laboratorio que experimentaba con las formas de convivir.

Así, la clase sobre ingeniería doméstica había hecho un estudio cuidadoso del servicio de té. En días alternados, los recipientes del té eran llevados dentro de cubiertas de bejuco trenzadas o directamente en la mano. Se registraba menos té vertido al suelo cuando se usaban las cubiertas de bejuco. Algunos voluntarios dentro de las parejas casadas eran asignados por sorteo a camas conjuntas o a camas separadas; sus problemas personales eran estudiados por el grupo de psicólogos durante ocho años, con la conclusión de que las camas separadas no solo mantenían al individuo contento y mejor ajustado, sino que también tendían a fortalecer los lazos de amor y afecto entre la pareja. (Recordemos que esto es ficción). Los niños eran entrenados en un programa de tolerancia a la frustración. A la edad de tres o cuatro años, se les colgaban del cuello unas paletas de dulce, a las que luego se les permitía consumir, si eran capaces de abstenerse de chuparlas previamente. Al regresar al hogar después de una cansada caminata en el campo, se les requería que por cinco minutos se mantuvieran parados frente a sus tazones de humeante sopa, antes de que pudieran empezar a comerla. Un cuidadoso programa de inmunización gradual les instauraba a la edad de seis años una completa resistencia ante las experiencias desalentadoras que pudieran enfrentar en esta, la comunidad más ideal.

Los escritores utópicos clásicos del pasado frecuentemente nos proporcionaban excelentes sugerencias para los convenios económicos y las estructuras políticas, pero hacían poco caso del problema crucial de las relaciones con el mundo exterior y de asegurar la cooperación entre los miembros de la comunidad. Tales comunidades vivientes, como estaban establecidas, generalmente confiaban en una cuidadosa selección del personal (como en la Granja de Brooks) o respecto al adoctrinamiento religioso o acerca del magnetismo personal de un líder carismático. Sin embargo, Skinner es un psicólogo experimental de una enorme reputación, generalmente reconocido como una de las mayores autoridades en la teoría conductual contemporánea (ver el libro de Woodworth sobre Las Escuelas Contemporáneas de la Psicología o el de Hilgard sobre Las Teorías del Aprendizaje). Naturalmente, su principal énfasis lo puso sobre el problema de ajustar

la conducta individual ante las necesidades de la comunidad. Ciertamente, este libro me lleva a considerar que se trata de del primer intento por popularizar sus hallazgos en la investigación moderna del comportamiento y ponerlos a disposición del público en general.

El adoctrinamiento no es la técnica. No hay ningún altoparlante que drene en los oídos mensajes como “Me gustan las cloacas. Los drenajes son divertidos”. De hecho, hay una regla contra el aburrimiento, ya que se ha encontrado más conveniente protestarlo que aguantarlo, desde los Planificadores o de los miembros individuales de la comunidad. En una manera perfectamente correcta e incluso se anima a decir “Esto ya me lo has dicho antes” o “Esto no es muy interesante”. Incluso las tarjetas en la mesa del comedor que preguntaban “¿Te has aburrido hoy? Si no ¿Por qué no?, se han retirado, para probar el valor de la regla.

La coerción y el castigo tampoco no son las técnicas, aunque estas han sido el puntal principal de todas las sociedades previas, desde la más primitiva hasta la más “avanzada”. La investigación psicológica contemporánea indica que el castigo no sirve, a largo plazo, para reducir la probabilidad o el curso de una acción, que meramente la “reprime” para que luego se presente más adelante, quizá con una forma distorsionada.

“Ahora, si está en nuestras manos”, aseguraba Frazier, “recrear cualquier situación que le agrade a una persona o desaparecer cualquier situación que no le guste, podremos controlar su conducta. Cuando se comporte de la forma que deseamos simplemente producimos la situación que le agrada o removemos la que le desagrade”.

“El cambio es lento y doloroso debido a que el efecto inmediato y temporal del castigo ensombrece la ventaja eventual del reforzamiento positivo. Todos hemos podido presenciar innumerables veces el efecto temporal de la fuerza, pero es raro tener clara evidencia del efecto de no recurrir a ella. Es por ello que insisto en que Jesús, quien aparentemente fue el primero en descubrir el poder de repudiar el uso del castigo, actuara así por accidente. Ciertamente él no tenía la evidencia experimental de la que ahora disponemos”.

Esto nos lleva a un asunto extremadamente importante, el tema de la “libertad”. Una definición operacional de tal palabra es difícil de lograr. Ciertamente no podemos aceptar el enfoque de que especifica que el comportamiento es imprevisible (libre albedrio) e indeterminado. Sin embargo ¿podemos aceptar como una alternativa la sugerencia de que la libertad consiste en el reforzamiento positivo, sin el empleo de la amenaza, el castigo y la coerción? ¿Qué el reforzamiento positivo administrado en dosis apropiadas en momentos apropiados, de acuerdo a un plan de ingeniería humana, no es diferente de una situación en donde el mismo reforzamiento positivo se obtiene azarosamente, como resultado de accidentes de la naturaleza o de la sociedad?

“Cuando el hombre lucha por libertad, lucha en contra de las cárceles y la policía o las amenazas de ello: contra la opresión. Nunca lucha en contra las fuerzas que hacen que quieran actuar de la manera en que lo hacen”.

¿Y qué hay acerca del poder de la ingeniería humana para imponer su voluntad sobre el resto de la humanidad? Ante esto, Skinner-Frazier ofrece una apología como respuesta. De la misma manera que la fisión nuclear y otros productos de la empresa científica, los principios del

control de la conducta no pueden ser soslayados una vez descubiertos, nuestra cultura actual no puede prevenir los descubrimientos peligrosos. Alguien hará uso de ellos y mejor será que lo hagan los Planificadores que los sacerdotes, los políticos, los policías o los financieros. Esta es la apología.

Por lo demás, el despotismo está severamente limitado. “El déspota tiene que enarbolar su poder diciendo que es para el bien de otros. Si toma cualquier acción que reduzca la suma total de la felicidad humana, su poder se reduce en la misma cantidad. ¿Qué mejor coto contra un déspota malévolos podríamos pedir? No hay poder que sirva para usurpar”, decía Frazier. “No hay policía, militar, arma o bomba (ya sea lacrimógena o nuclear) que le de la fuerza a una minoría... Las revueltas no solo son fáciles de ocurrir, son inevitables si surge una verdadera insatisfacción”. No obstante, queda claro que el Profesor Skinner no es simplista con sus respuestas. Él las apuntala considerando lo inadecuado de la democracia política (“Votar”, decía Frazier, “es una forma de culpar al pueblo por las malas condiciones en que vive”), y al señalar que la democracia, como es comprendida de manera general, se inclina a la satisfacción de la mayoría, pero falla en cuidar a las minorías (¿y quién de nosotros no está en una minoría?), nos proporciona evaluaciones mecánicas como sería la rotación para el oficio de Planificadores y el voto unánime para los cambios constitucionales y, al final, hace surgir la posibilidad de la revolución.

Afortunadamente, no necesitamos considerar al control de la conducta con el reforzamiento positivo como una alternativa al control democrático. El técnico conductual no necesita ser entronado más que el técnico en economía, en ingeniería, en agricultura o en medicina. De hecho, contrario a la insistencia de Frazier de que el interés popular en la mecánica del gobierno es una necedad de nuestra cultura, podemos insistir que en el periodo de transición, al menos, resulta vital: el ingeniero conductual no es él mismo un producto de la nueva sociedad (lo que claramente se nota en el libro) y su propio comportamiento continúa siendo gobernado parcialmente por las motivaciones viciadas de una cultura competitiva y coercitiva. Después, cuando los mismos Planificadores sean producto del plan, el problema podría desaparecer.

Este revisor no adopta la postura de adoptar completamente el libro de Skinner. Hay problemas que surgen y que requieren de discusiones serias y prolongadas entre los que se avocan hacia un nuevo orden social. Pero el libro nos proporciona algunos pensamientos e ideas significativas acerca de la naturaleza de una nueva sociedad, un reto que no podemos darnos el lujo de ignorar.